

Exámenes y sardinas

En 1976, las altas instancias consideraron que la UNED había culminado con éxito el periodo de rodaje iniciado por decreto ley cuatro años antes, el 18 de agosto de 1972. Ahora empezaba una nueva era, con una reestructuración general que afectaba a todos sus órganos, y muy especialmente a la contratación de profesorado. Así aterrizó por la UNED un amplio grupo de jóvenes veinteañeros, con poca o ninguna experiencia laboral, bastante miedo a no dar la talla y, sobre todo, con muchas ganas y mucha ilusión por enrolarse en una empresa con casi todo por hacer.

En la UNED todo era nuevo y diferente, empezando por su rector, un aguerrido sociólogo de grandes mostachos que llegaba a los claustros en una supermoto, y ataviado con un aparatoso abrigo de piel al más puro estilo de los caballeros medievales. Pero, anécdotas aparte, entre los jóvenes profesores contratados primaba la conciencia de estar realizando una obra social, gracias a la cual podían estudiar una carrera personas de muy distintas edades que, por las circunstancias que fueran (la guerra civil en la mayoría de los casos), no habían podido hacerlo en su momento, y que escribían cartas emocionadas y emocionantes cuando superaban un examen y recibían unas palabras de ánimo con la papeleta. Claro que no todo era de color de rosa y que eran muchas las dificultades con las que había que bregar cada día, desde la aglomeración física por no disponer de un edificio propio y en condiciones, hasta el tipo de atención a los alumnos, por teléfono sobre todo, pero también por correo y mediante citas personales, lo que suponía responder a las mismas cuestiones una y otra vez hasta el agotamiento. Con todo, había un aliciente que compensaba cualquier sinsabor: ¡los viajes! Tres veces al año se tenía la oportunidad de formar parte de un tribunal de exámenes en alguno de los centros asociados a la Universidad, tanto en España como en algunos países extranjeros. Y ahí empezaba la aventura, no tanto por el lugar de destino como por los compañeros de viaje que hubieran deparado los sorteos y, sobre todo, por las condiciones en que había que llevar a cabo la *misión*. Eso sí que era toda una experiencia y las anécdotas de cada uno amenizaban la vuelta a la sede central.

De las muchas situaciones rocambolescas que viví durante esos primeros años en la UNED, voy a recordar solo una, que, como muchas otras, padecí con angustia en su momento, pero que resulta verdaderamente cómica con la distancia.

Era invierno, hacía frío y diluviaba en Pontevedra. Había pasado una semana matadora como parte de un tribunal de ocho personas en uno de los centros más numerosos de la UNED y el domingo tempranito, sin un alma en la calle, dejé mi

alojamiento cargada con dos bolsas repletas de exámenes y una mochila con mi equipaje personal. Entré en un bar para desayunar algo antes de emprender el viaje en tren; bueno, en trenes: de Pontevedra a Redondela en un regional y de Redondela a Madrid en el Talgo. Al pagar la cuenta, le pedí a la señora que me había atendido que llamase a un taxi y, horror, un alzamiento de cejas y un pausado movimiento de cabeza me dejaron helada:

—Hay huelga.

—¡¿Huelga?! ¿Y qué hago? ¡Tengo que coger el Talgo en Redondela!

—Pues ya sabes, el coche de San Fernando, y ya puedes correr si quieres llegar a tiempo. Por ahí, todo derecho —señaló la calle con una indiferencia que rayaba en la crueldad, o eso me pareció a mí en mi desesperación.

La lluvia seguía arreciando sin ninguna señal esperanzadora, y ni soñar con sacar el paraguas, claro, con las dos manos y la espalda sobrecargadas, lo que tampoco me permitía ni de lejos alcanzar la velocidad de crucero necesaria. Y en estas, lo que faltaba, me sobrepasa y me salpica juguetón un seiscientos blanco, con una caña de pescar asomando por la ventanilla del copiloto y un risueño regordete al volante que, aminorando la marcha, me saluda con la manita y a pitido limpio.

—¿Dónde vas tan solita a estas horas, nena?

No lo pensé dos veces:

—¡Pare!, ¡pare!, ¡paaaaare!

Y paró, seguramente sin pensarlo dos veces él tampoco. Abrí la portezuela, aparté la caña y me acomodé (es un decir) con todo mi equipaje chorreante.

Que yo recuerde, el infeliz secuestrado no emitió sonido durante el trayecto y simplemente se apresuró a llevarme a la estación, a las afueras de la ciudad, sin decir ni pío. Demasiado tarde: todavía no había apagado el motor cuando resonó estruendoso y alejándose el pitido del único tren que me podía acercar a la etapa siguiente.

—No me va a dejar aquí, ¿verdad? —le pregunté entre suplicante y Señorita Rottenmeier— ¡No puedo perder el Talgo!

Probablemente, el pescador frustrado sospechó que le iba a arruinar el domingo si no se deshacía de mí cuanto antes, o igual se apiadó, pobre hombre. No sé, pero el caso es que me llevó a presencia del jefe de estación, conocido suyo al parecer, que muy amablemente se comprometió a facturarme *ipso facto* a Redondela, tierra soñada. El del seiscientos salió por pies, sin despedirse siquiera, y a los pocos minutos apareció una pareja de mediana edad, con sus mandiles azules y sus botas de agua, quienes tras intercambiar unas palabras con el jefe de estación mientras me echaban furtivas miradas de reojo, me indicaron con un escueto cabezazo que subiera a la caja de la camioneta. Por fin vi el cielo abierto. Me hice sitio como pude, empapada y con todos mis bártulos a salvo..., entre una montaña de cajas de sardinas y muy, muy agradecida.

Subí al Talgo casi en marcha y, mientras me dirigía muy digna hacia mi asiento, notaba, más que veía, cómo a mi paso se volvían las cabezas y se arrugaban las narices. Sin mirar a los lados, abrí la mochila, saqué ropa limpia y me metí en el baño para cambiarme de arriba abajo. No sé si los efluvios de las sardinas siguieron ofendiendo las pituitarias de los demás viajeros, porque caí en un sueño profundo del que no me desperté hasta llegar a Madrid. Misión cumplida.

Estas situaciones y otras parecidas se repitieron con demasiada frecuencia y nos martirizaron a muchos durante demasiado tiempo, hasta que, en noviembre de 1982, Elisa Pérez Vera fue elegida rectora, la primera rectora de una universidad pública española; y no nombrada, sino elegida. Desde entonces y hasta 1987, con su inteligencia, su sensibilidad, su capacidad inmensa de trabajo y su fragilidad solidaria, la UNED se convirtió en un lugar infinitamente más agradable, y también más eficaz, donde los problemas no fueron nunca más hechos irremediables, sino retos que exigían solución y que la encontraban. Entonces empezó de verdad una nueva etapa para la UNED.

Pilar de Vega Martínez
Departamento de Lengua Española y Lingüística General
Facultad de Filología
UNED

